

¿UNA COMUNIDAD CIENTÍFICA EN EL EXILIO?

La narrativa histórica se construye no sólo a partir de los hechos y datos que ofrecen los archivos, las bibliotecas y demás fuentes. La heurística es el cemento que construye edificios sólidos que se sustentan sobre conceptos, explicaciones y categorías de análisis que desempeñan una función esencial en la construcción del discurso histórico. Por eso, las novedades historiográficas no sólo son consecuencia del descubrimiento de nuevas fuentes, sino que también requieren cambios conceptuales y reconstrucciones que permitan abordar los hechos y explicarlos con categorías o estilos de pensamiento diferentes. El objetivo principal de este texto consiste en debatir la consistencia de un tópico historiográfico: la existencia de una comunidad científica republicana en el exilio.

El primer aspecto fundamental que conviene tener en cuenta es que la ciencia es una actividad social y las comunidades científicas se engendran estrechamente vinculadas a contextos institucionales que implican a personas pero también sistemas de producción de conocimientos basados en organizaciones, infraestructuras, instalaciones que dependen de decisiones políticas, apoyo financiero, sistemas de formación de especialistas y redes y mecanismos estables de comunicación e intercambio científico. El entramado social de la ciencia se inició a lo largo del siglo XIX y se ha ido acentuando a lo largo del siglo XX como una característica consustancial e ineludible de la ciencia contemporánea, también en su dimensión tecnológica. En ese contexto, la actividad científica es impensable sin un complejo entramado de asociaciones, reuniones nacionales e internacionales, institutos de investigación, centros de información, bases de datos, bibliotecas, laboratorios y sistemas de financiación de la investigación.¹ Nada más alejado de la tópica imagen del científico como héroe, quien con inteligencia y tesón se sobrepone a las dificultades. La historia de la ciencia, tantas

* Universitat de València.

1. D. Pestre: *Ciència, diners i política. Assaig d'interpretació*, Santa Coloma de Queralt, Edèndum, URV, 2008.

veces explicada desde las heroicidades de los gigantes, es en realidad el reflejo de las preocupaciones, aspiraciones y logros de las sociedades, y más aún de sus clases dirigentes.

La génesis y la consolidación de las comunidades científicas nacionales desde comienzos del siglo XX han sido, a grandes rasgos, consecuencia de un triple vínculo: en primer lugar, se encuentran relacionadas con el proceso de división del conocimiento y las prácticas científicas; en segundo lugar, toda comunidad científica tiene que encontrarse vinculada y tratar de dar respuesta a los intereses, retos y oportunidades de la sociedad que la promueve, y, en tercer lugar, debe establecer vínculos con un contexto internacional que representa un referente permanente.² Teniendo en cuenta todos estos factores, cabe preguntarse si es posible la existencia y, lo que es más importante, la persistencia a lo largo del tiempo de una comunidad científica en el exilio. ¿Hasta qué punto conservaron los científicos republicanos en el exilio la organización necesaria como para que puedan ser considerados una comunidad científica? ¿Qué grado de institucionalización colectiva alcanzaron, qué vigencia lograron mantener y qué elementos de cohesión o de dispersión caracterizaron a la comunidad de científicos españoles que se dispersó por diversos países extranjeros como consecuencia de la Guerra Civil?

El punto de partida del debate que este texto propone es la evidencia historiográfica de que entre 1907 y 1939 tuvo lugar la génesis de una comunidad científica en España: un colectivo bien cohesionado gracias al papel dinamizador de una incipiente Administración pública, que creó instituciones para la promoción de la investigación, como el Instituto Nacional de Ciencias, el Museo Nacional de Ciencias Naturales, el Instituto Cajal, la Misión Biológica de Marín en Galicia, una serie de pequeños laboratorios e institutos de investigación en la JAE, la Residencia de Estudiantes o las sociedades y laboratorios del Institut d'Estudis Catalans. Así como instituciones sanitarias como los institutos municipales y provinciales de higiene, o de ámbito estatal, como el Instituto Nacional de Higiene Alfonso XIII, la Escuela Nacional de Sanidad o el Hospital Nacional de Enfermedades Infecciosas y el Sanatorio Marítimo de la Malvarrosa, por no citar más que algunos ejemplos significativos. El resultado fue la génesis de una comunidad científica bien articulada que tuvo una participación activa en el contexto internacional, gracias principalmente a la implicación del Estado y a la política de becas o pensiones para jóvenes investigadores, que logró incorporar a los científicos españoles en las redes y los programas de investigación internacionales. Como consecuencia de todo ello, a comienzos de los años treinta se había creado en España una comunidad científica joven, portadora de valores positivos hacia la ciencia y la investigación como factor de progreso y moderni-

2. Joseph Agassi: *Science and Society. Studies in the Sociology of Science*, Dordrecht, Reidel Publishing Company, 1981.

zación social. La configuración de una comunidad científica española durante el primer tercio del siglo XX fue consecuencia de la ideología laica, liberal y republicana que fue derrotada en 1939. De ahí que no exista simetría posible, en el sentido de la ciencia como valor social e ideológico, entre franquismo y republicanismo. Cualquier comparación parte de una falacia, puesto que los militares golpistas eran profundamente contrarios a la libertad de pensamiento y al reformismo social representado por los científicos. Por esa razón el colectivo científico sufrió una profunda crisis entre 1936 y 1939, como consecuencia del golpe militar y del desastre provocado por la Guerra Civil y la represión franquista, de semejante dimensión al padecido por maestros y educadores de la nueva escuela.

La investigación histórica ha demostrado que la “Edad de Plata” de la ciencia española se fundamentó básicamente en un amplio programa político de institucionalización de la investigación y de las prácticas científicas, basado en modestas instituciones apoyadas por el Estado y las administraciones públicas y en un ambicioso proyecto de formación de expertos o especialistas orientado principalmente desde la ideología social del institucionismo regeneracionista. Como consecuencia de ello, en el seno de la sociedad española se configuró una comunidad científica que compartía ideas y prácticas en condiciones homologables a las de otros grupos e instituciones extranjeros, de acuerdo con las tendencias de la ciencia y la tecnología de la época. Conviene subrayar que el Estado liberal y el proyecto regeneracionista de los institucionistas desempeñaron, junto con el apoyo de los partidos republicanos y de la izquierda social y política, un papel fundamental en la configuración de lo que podemos considerar en los años treinta una comunidad científica española, que tenía sus principales grupos e instituciones de referencia en la capital del Estado, aunque contaba con otro polo activo en Cataluña y se iba extendiendo hacia Galicia, el País Valenciano y otros territorios. La efímera creación del Institut d’Estudis Valencians, a imagen y semejanza del Institut d’Estudis Catalans, avanzaba en esa dirección.³

Pero la evidencia histórica indica que entre 1936 y 1939 una buena parte de ese edificio se desmoronó y, al final de la década, la mayoría de los científicos de la España republicana se encontraban en crisis; muchos fueron inhabilitados por procesos de depuración represivos, encarcelados o tuvieron que marchar al exilio. ¿Puede hablarse con rigor de una comunidad científica republicana en el exilio? ¿Puede existir una comunidad científica nacional –la de los científicos republicanos españoles– sin un referente político-social que la alimente y legitime, sin un Estado y un marco social de referencia? ¿Hasta qué punto sobrevivió y se perpetuó como un colectivo y cuál fue el destino de esa comunidad científica española que a lo largo de los años treinta adquirió prestigio, poder y cohesión

3. J. L. Barona y J. Bernabéu (eds.): *Ciència i sanitat en la València capital de la República*, Valencia, PUV, 2007.

interna, e influyó de manera palpable y determinante en las decisiones políticas al participar activamente en las instituciones (diputados, ministros, alcaldes) y formar parte de la elite dirigente del país? En un libro como éste, dedicado a analizar el drama histórico del exilio científico republicano setenta años después, parece pertinente debatir estas cuestiones y valorar en qué medida y hasta qué punto puede hablarse de los científicos republicanos como una colectividad o grupo social, como una comunidad científica que preservó su identidad incluso en el exilio.

EL IMPACTO DE LA GUERRA CIVIL

La incipiente comunidad científica española sufrió una primera crisis que alteró la normalidad entre 1936 y 1939. El triunfo del Frente Popular y el golpe militar de 1936 radicalizaron las posturas y provocaron un número considerable de víctimas. En el sector controlado por los sublevados la violenta represión desatada desde el principio por el general Mola afectó a un número importante de médicos y científicos. Según los datos que aporta Santos Juliá, al acabar la Guerra había en torno a 700.000 presos en las cárceles franquistas, y según datos del Ministerio de Justicia dos años después aún quedaban 280.000 republicanos encarcelados por motivos políticos.⁴ Francisco Guerra aporta un inventario de víctimas inmediatas a la sublevación que incluye los nombres de más de sesenta médicos asesinados en Andalucía, entre ellos Sadí de Buen, responsable de las campañas de lucha contra el paludismo pensionado por la Rockefeller Foundation, y Carlos Urtubey, profesor de la Facultad de Medicina de Cádiz; cuarenta en Aragón; una treintena en Galicia y otros tantos en Castilla; más de una veintena en León, cifra semejante a la de Navarra; cinco en Extremadura, y otros casos como los Miguel Aldecoa en Asturias o Isaac Puente, médico libertario, en el País Vasco.⁵ Todos ellos fueron asesinados en la zona sublevada durante el período inmediatamente posterior al golpe militar. Conforme la ocupación de las zonas republicanas se iba extendiendo, durante el transcurso de la Guerra, estas cifras aumentaron considerablemente. No cabe duda de que el golpe militar no sólo alteró el normal funcionamiento de laboratorios, aulas y hospitales, sino que también supuso un duro golpe para la comunidad científica como grupo social.

Por otra parte, en el bando republicano, los altercados públicos, los desmanes provocados por la radicalización revolucionaria y el descontrol fruto de la incertidumbre y la inestabilidad política fueron arrinconando contra las cuer-

4. S. Juliá (ed.): *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999.

5. F. Guerra: *La Medicina en el Exilio Republicano*, Madrid, Universidad de Alcalá de Henares, 2003.

das a los sectores republicanos liberales y moderados, así como a sectores conservadores del nacionalismo vasco y catalán. Un sector de la burguesía liberal, entre la que se encontraban médicos, científicos, profesionales y tecnólogos se sintieron amenazados, y algunos optaron por salir de España. Hay numerosos testimonios en este sentido, como la correspondencia mantenida por August Pi i Sunyer con los dirigentes de la Rockefeller Foundation de Nueva York, en la que daba cuenta de la inseguridad que se vivía en las calles de Barcelona, que afectaba a su familia y a la de muchos ciudadanos de la burguesía catalana frente a la violencia de grupos revolucionarios incontrolados.⁶

En definitiva, la radicalización de la dialéctica entre fascismo y revolución social generó un ambiente hostil contra un amplio sector de los institucionistas, republicanos conservadores, monárquicos y liberales. El comienzo de la Guerra no sólo alteró la actividad científica y académica, sino que también inició el éxodo de un sector de republicanos moderados y provocó un número significativo de víctimas. Una parte de la comunidad científica quedó mermada. A ello hay que añadir la quiebra institucional, la militarización de una parte significativa de los científicos y la transformación de la sanidad para hacer frente a una situación de guerra. Basten estos apuntes para reforzar la idea de que la comunidad científica republicana entró en una crisis profunda como consecuencia de la situación política de 1936, a pesar de que algunos de los laboratorios y grupos de investigación siguieron funcionando y participaron en publicaciones y acontecimientos internacionales.⁷

Ante la gravedad de la situación, destacados protagonistas de la investigación científica optaron por buscar refugio en el extranjero. Un caso conocido es el de Severo Ochoa, centrado en una carrera investigadora que no quiso ver afectada por la crisis social y política del país. Pero también otros protagonistas fuertemente implicados en la política científica republicana y en el reformismo social –como es el caso de José Castillejo o Gregorio Marañón– salieron del país ante la deriva política, la crisis social y la amenaza que representaba su permanencia. El triunfo del Frente Popular, el golpe franquista y el comienzo de la Guerra, con la consiguiente fractura del país, alteraron profundamente el funcionamiento institucional, la investigación, la asistencia sanitaria, la docencia y las prácticas científicas.⁸

6. Correspondencia de August Pi i Sunyer con la Rockefeller Foundation. Rockefeller Archive Centre, Terrytown, Nueva York. También hay testimonios en ese mismo sentido de José Castillejo o Blas Cabrera, como se indica en otro capítulo de este libro.

7. Es cierto que las instituciones republicanas intentaron mantener en lo posible una situación de aparente normalidad. Pío del Río-Hortega, por ejemplo, trasladó a Valencia su laboratorio de investigaciones sobre el cáncer, como también muchas de las instalaciones del Museo Nacional de Historia Natural, al tiempo que José Royo Gómez y Alejandro Sos Baynat participaban en el Congreso Internacional de Paleontología en Moscú, en 1937. Véase Barona y Bernabéu, 2007.

8. Barona y Bernabéu (eds.), 2007.

La polarización ideológica, radicalizada por el conflicto bélico, situó en “tierra de nadie”, en una posición de marginalidad amenazada, a una parte significativa de los institucionistas. Vinculados a una tradición liberal, regeneracionista y reformista, desbordados por el enfrentamiento bélico, encontraron difícil acomodo en las estructuras de poder del Gobierno republicano del Frente Popular, mientras que les quedaba vedado, precisamente por su liberalismo republicano, la acogida o el encuentro con los partidarios del bando nacional. A finales de 1936 se produjo el primer éxodo hacia Francia por la frontera de Irún, y al iniciarse el asedio de Madrid, el Gobierno republicano creó un Comité de Refugiados que, a comienzos de 1937, se transformó en la Oficina Central de Evacuación y Asistencia al Refugiado, para dar origen más tarde al SERE (Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles). Tras el desastre final fijó su sede en París y fue dirigido coyunturalmente por el fisiólogo y antiguo rector de la Universidad de Valencia, José Puche. La crisis interna del republicanismo derrotado consumó la fundación de la JARE (Junta de Ayuda a los Republicanos Españoles).

El golpe mortal a las reformas sociales republicanas y a los valores de la sociedad liberal expulsó de un país atenazado por la represión ideológica, la supresión de las libertades y la vulneración de los derechos civiles a los principales actores de la ciencia, la medicina y la tecnología. En distinta medida, el exilio, la prisión, el destierro, la inhabilitación y la muerte fueron el destino de una mayoría de médicos, farmacéuticos, químicos, físicos, ingenieros, veterinarios y demás profesionales que habían constituido una verdadera comunidad científica y profesional española durante los años treinta. El núcleo dirigente de la investigación científica y del reformismo sanitario o bien fue depurado o encarcelado, o bien tuvo que exiliarse. Aunque exilio significa dispersión, durante una primera etapa, el colectivo de académicos y científicos republicanos en el exilio intentó mantener la cohesión en torno a una serie de instituciones científicas, con la esperanza del regreso a una España democrática tras la presumible derrota del fascismo internacional al acabar la Segunda Guerra Mundial. Pero la persistencia del franquismo y su posterior reconocimiento internacional deterioraron la iniciativa con el paso del tiempo.

El exilio intelectual y artístico marcó a una generación de hombres y mujeres, pero tuvo una dimensión más personal que institucional, a pesar de que aisló a la España franquista de las corrientes unificadoras de vanguardias y generaciones artísticas o literarias. En cambio, el exilio científico tuvo una dimensión colectiva que ha llevado a los historiadores a hablar de “generación” o de “comunidad científica en el exilio”. Mantener la institucionalización científica en el exilio fue uno de los objetivos de quienes se sintieron partícipes de un proyecto científico y político, como una manera de negar la legitimidad del

nuevo régimen, mermado por el “atroz desmoche”.⁹ En buena medida, fue un esfuerzo inútil, porque la dispersión y la ausencia de un contexto social de referencia convirtieron a esa comunidad científica en una especie de red científica internacional principalmente organizada en México, que carecía de un sistema de producción de saber ligado a un proyecto colectivo de producción de conocimientos y prácticas, orientado desde objetivos e intereses sociales. Una comunidad dispersa que fue perdiendo vigencia con el paso de los años. Sólo el núcleo más activo de la comunidad científica en México mantuvo excepcionalmente la cohesión institucional. Una comunidad científica en el exilio está abocada a la desintegración en la medida en que sus protagonistas se van incorporando inevitablemente a otras comunidades nacionales.

Desde la sublevación, y más aún tras el triunfo militar, el franquismo inició una estrategia de aniquilación de los proyectos científicos republicanos. El Gobierno de Burgos traspasó la JAE al Instituto de España y sus funciones a la universidad.¹⁰ El Institut d’Estudis Catalans suspendió sus actividades y el Institut de Fisiologia fue suprimido en 1939. La nueva situación se consumó con la Ley de 24 de noviembre de 1939 por la que se creaba el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), dominado por la Iglesia y por adeptos al régimen. El desmoronamiento de las instituciones republicanas durante los primeros meses de la Guerra y el traslado del Gobierno a Valencia, como consecuencia de la llegada del frente bélico a los alrededores de Madrid, dificultaron la supervivencia de la JAE, a pesar de que en Valencia mantuvo todavía laboratorios del Instituto de Ciencias y grupos de investigación en activo.¹¹ Algunos de los profesores universitarios de Ciencias y Medicina e investigadores de la JAE se comprometieron con las instituciones políticas republicanas y se incorporaron a las actividades de la Casa de la Cultura de Valencia, colaborando en las revistas *Nueva Cultura* y *Madrid*, como Ignacio Bolívar, Enrique Moles, Arturo Duperier, Gonzalo Rodríguez Lafora o Enrique Rioja. Otros fueron desposeídos de sus cargos, como Domingo Barnés, Luis de Zulueta o María de Maeztu, directora de la Residencia de Señoritas. Otros fueron expulsados de sus puestos docentes por aplicación del Artículo 171 de la Ley de Instrucción Pública, como José Ortega y Gasset, Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz, Blas Cabrera o Hugo Obermaier. En el transcurso de la Guerra muchos partieron al extranjero o prolongaron allí su estancia para alejarse de unos acontecimientos que condenaban, como Castillejo, Ortega y Gasset, María de Maeztu o Alberto Jiménez Fraud, director de la Residencia de Estudiantes. La mayoría pasó a engrosar las instituciones re-

9. J. Claret Miranda: *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*.

10. BOE, 20 de mayo de 1938, Burgos, pp. 7.418-7.419, citado por Otero Carvajal (2001).

11. Particular resistencia mostraron los grupos del Museo Nacional de Ciencias Naturales y los estudios sobre histopatología del cáncer de Río-Hortega.

publicanas en el exilio, como Juan Negrín, Blas Cabrera, Ignacio Bolívar, August Pi i Sunyer, José Puche y tantos otros.

LA UPUEE, LA INMEDIATA ORGANIZACIÓN DEL EXILIO ACADÉMICO

Poco después de producirse el golpe militar de 1936, una pluralidad de organizaciones internacionales solidarias prestaron auxilio a los refugiados del bando republicano y algunas de modo particular a académicos, artistas, intelectuales y científicos. Las relaciones internacionales que muchos científicos y grupos de investigación habían establecido entre 1910 y 1936, a través de las becas, intercambios científicos y vínculos institucionales favorecieron el éxodo y la reinserción en el extranjero. En algunos casos, las organizaciones de ayuda a los judíos que salían de Alemania sirvieron de plataforma de apoyo a los republicanos españoles; en otros casos, la creciente dimensión de exiliados acentuó las cautelas y restringió las ayudas. Entre las que ayudaron más específicamente a científicos y académicos se encontraban la Casa de España (México) y la Society for the Protection of Science and Learning en Londres.¹² Sin embargo, otras asociaciones –como la Rockefeller Foundation– buscaron una aparente neutralidad y no pusieron en marcha programas de ayuda. Esa ambigüedad les permitiría tras la guerra iniciar programas de colaboración con el Gobierno franquista.

En 1939 se fundó en París la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero (UPUEE), cuyo objetivo era preservar una especie de universidad republicana en el exilio. El presidente elegido tras la fundación fue Gustavo Pittaluga, catedrático de Parasitología de la Universidad Central y jefe de la sección de parasitología del Instituto Nacional de Higiene, director de la Escuela Nacional de Sanidad y principal representante español en las comisiones sanitarias de la Sociedad de Naciones. Ejerció como secretario de la UPUEE Alfredo Mendizábal, catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Oviedo.

La UPUEE adoptó inicialmente Cuba como sede, por ser el destino de Pittaluga. Allí se organizó la Primera Conferencia de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero, en 1943, que decidió trasladar la sede de la Unión a México, donde el colectivo intelectual y académico republicano era más numeroso, cohesionado e influyente. Al constituirse en 1939, formaban parte de la UPUEE 73 catedráticos y 142 profesores de universidad.¹³ Durante varios años

12. L. A. Baratas Díaz y M. Lucena Giraldo: “La Society for the Protection of Science and Learning y el exilio republicano español”, *Arbor* CXLIX, 588, 1994, p. 31; J. L. Barona: “Pensionados y exiliados. Científicos españoles en Gran Bretaña (1920-1945)”, Badajoz, X Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, 2008.

13. Otero Carvajal.

mantuvo su organización como colectivo académico en el exilio y publicó un *Boletín Informativo de la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero*, en el que daba cuenta de las actividades de sus miembros y de las asociaciones del exilio. Junto con la revista *Ciencia* y las instituciones científicas promovidas en México, la UPUEE representó la resistencia de los académicos republicanos al franquismo tras la derrota militar.

EL ATENEO RAMÓN Y CAJAL Y LAS SECCIONES CIENTÍFICAS DEL ATENEO ESPAÑOL DE MÉXICO

El esbozo más persistente de una comunidad científica republicana en el exilio tuvo lugar en México, donde la elite española se configuró como un grupo social organizado, poderoso e influyente. La enorme avalancha de más de 500 médicos que necesitaron revalidar su título para poder ejercer su profesión en México hizo que el Gobierno de Lázaro Cárdenas designara al célebre oftalmólogo español Manuel Márquez, exiliado desde 1939 y pronto nombrado decano de la Facultad de Medicina de la UNAM, como presidente de un comité encargado de los trámites de homologación. Ese comité fue el punto de partida de la creación del Ateneo Ramón y Cajal, fundado el 10 de octubre de 1942.¹⁴ Su denominación era Ateneo Ramón y Cajal. Sección Hispano-Mexicana de Ciencias Médicas y sus miembros configuraban un amplio colectivo de médicos españoles cuyo objetivo era el apoyo mutuo de ese medio millar de profesionales sanitarios españoles, que representaban en torno al 10% del cuerpo médico que ejercía en México en 1940. La nueva institución rendía de ese modo homenaje al máximo exponente de la medicina española contemporánea y al referente de todas las reformas institucionales para impulsar la ciencia en España durante las primeras décadas del siglo xx: Santiago Ramón y Cajal. Sus estatutos enunciaban la idea básica de apoyar a los médicos españoles en el exilio. El Ateneo Ramón y Cajal buscaba cohesionar a los médicos republicanos y contribuir a que ese espíritu de unión y solidaridad se extendiese a otros sectores del exilio. El ateneo estaba dirigido por una junta de siete miembros: un presidente, un vicepresidente, un secretario, un tesorero, dos vocales y un bibliotecario. Manuel Márquez fue su primer presidente y Domerio Mas el secretario. Lógicamente, la actitud de los profesionales mexicanos frente al colectivo español recién llegado fue ambivalente y plural; por lo general predominó el espíritu de colaboración, pero también, como es comprensible, hubo recelos y reticencias ante el temor a la usurpación y la pérdida de privilegios.

14. Giral, 1994: 279.

En el ateneo se crearon tres comisiones dedicadas a Asuntos Médico-Sociales, Asuntos Profesionales y Asuntos Científicos. La primera estaba encargada del “estudio de los problemas de solidaridad y ayuda, así como de las cuestiones sanitarias y docentes planteadas en España, o que en los sucesivos puedan plantearse”.¹⁵ En aquella excepcional situación, a la defensa profesional propia de las asociaciones de este tipo se añadía el apoyo a la inserción de los exiliados, con lo que el ateneo sirvió de polo de atracción para médicos republicanos que inicialmente se habían instalado en otros países y acabaron recalando en México. La Comisión de Asuntos Profesionales se ocupaba principalmente de las relaciones con las organizaciones profesionales mexicanas, mientras que la de Asuntos Científicos trataba de promover el debate científico y difundir las novedades. Sin embargo, el Ateneo no se restringía a los médicos españoles en el exilio, sino que acogía también a cuantos médicos de cualquier nacionalidad asumieran sus fines y apoyaran a la República española. Había socios numéricos, honoríficos y protectores que formaban la Asamblea General, órgano rector de la institución.

La vocación de servir de elemento de cohesión institucional estaba implícita en sus estatutos, que abrían la posibilidad de que otros profesionales odontólogos, químicos, biólogos, practicantes, estudiantes de Medicina, farmacéuticos, veterinarios o físicos se vinculasen a la institución. La implicación de grandes figuras del exilio médico en los órganos de dirección y ese deseo de extender la institucionalización a otras áreas científicas e intelectuales hicieron que los miembros del ateneo participasen activamente en la fundación de una organización de mayor alcance: el Ateneo Español, cuya creación se formalizó en 1949. Julio Bejarano, Manuel Rivas Chérif, Joaquín Moré, Andrés Folch, Isaac Costero y Joaquín d’Harcourt fueron algunos de los principales protagonistas.

La fundación del Ateneo Español de México, presidido por el cirujano Joaquín d’Harcourt, convirtió al Ateneo Ramón y Cajal, a partir de 1950, en una Sección de Ciencias Médicas y Biológicas Ramón y Cajal del nuevo Ateneo, que aspiraba a integrar a colectivos más amplios sin las restricciones profesionales de la UPUEE –donde sólo había profesores universitarios– o el Ateneo Ramón y Cajal, aunque sus fines estaban inspirados en el Ateneo Médico. En el Ateneo Español se crearon cinco secciones dedicadas a las Artes Plásticas; Ciencias, Matemáticas, Físico-Químicas y Naturales; Filosofía, Economía e Historia, más tarde llamada de Filosofía y Ciencias Morales y Políticas; Literatura, y, finalmente, Música, Teatro, Cine y Radio. La primera junta directiva tuvo como presidente a Joaquín d’Harcourt, y como vicepresidente a Ceferino Palencia Tulbau. El secretario de la sección de Ciencias fue Adolfo Vázquez Humasqué.¹⁶

15. Fondo Histórico del Ateneo Español de México (FHAEM). Caja 46. Expediente 444. Hoja 4. Citado por López Sánchez, 2009.

16. López Sánchez, 2009: 45.

Al incorporarse en su seno el Ateneo Ramón y Cajal, la sección de Ciencias se dividió en dos: Ciencias Físico-Matemáticas y Ciencias Médicas y Biológicas. Las actividades de estas secciones estuvieron impulsadas por Rafael Méndez, Dionisio Nieto, José Torreblanca, Alberto Folch y Pi, Antonio Oriol Anguera y Miguel Morayta Ruiz, y se centraron en la organización de charlas y conferencias de científicos sobre asuntos de actualidad, aunque su ritmo fue decayendo con el paso de los años. En 1952 rindieron un homenaje a Santiago Ramón y Cajal con motivo del centenario de su nacimiento y publicaron una serie de trabajos en la revista *Cuadernos Americanos* y recogidos en una monografía editada por el Ateneo. En 1953 conmemoraron el centenario de Miguel Servet para reivindicar la tradición científica española, con una conferencia de Alberto Folch y Pi. El Ateneo Español de México exhibió un ideario que preservaba los valores de la Institución Libre de Enseñanza y la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y la defensa de los valores liberales y democráticos fueron discursos compartidos por el Ateneo Ramón y Cajal y la UPUEE.

CIENCIA. REVISTA HISPANOAMERICANA DE CIENCIAS PURAS Y APLICADAS (1940-1975)

El principal referente institucional y elemento de cohesión de los científicos republicanos en el exilio fue *Ciencia. Revista hispanoamericana de ciencias puras y aplicadas* (1940-1975). Se publicó en México a lo largo de 35 años y 29 volúmenes, con el apoyo inicial de instituciones de ayuda a los republicanos refugiados y de suscripciones institucionales y particulares, no sin graves dificultades y problemas económicos. El primer número apareció con fecha de 1 marzo de 1940, y en la presentación Ignacio Bolívar justificaba la iniciativa como un intento de difundir la ciencia en los países hispanoamericanos por considerar que la ciencia, como una parte sustancial de la modernidad y el progreso, tiene que formar parte sustancial de la cultura pública. Su objetivo era actualizar los avances en ciencias, medicina, agricultura e industria, para servir de impulso al desarrollo, elevar la cultura científica y actualizar la información de los científicos, médicos y profesionales.¹⁷

Durante los primeros años, *Ciencia* estuvo dirigida por Ignacio Bolívar y contaba con un comité de redacción formado por Cándido Bolívar Pieltain (Facultad de Ciencias, Madrid), Isaac Costero (Facultad de Medicina, Valladolid) y

17. I. Bolívar: "Presentación", *Ciencia. Revista hispanoamericana de ciencias puras y aplicadas* 1, 1940, presentación. Sobre un estudio general de la revista, véase M. A. Puig-Samper: "La Revista Ciencia y las Primeras Actividades de los Científicos Españoles en el Exilio"; A. Pulgarín, C. Carapeto y J. M. Cobos: "Análisis bibliométrico de la literatura científica publicada en *Ciencia. Revista hispanoamericana de ciencias puras y aplicadas* (1940-1974)", *Information Research* 9, 4, julio, paper 193; C. Carapeto: *Aportaciones a la ciencia de los investigadores españoles exiliados a partir de un estudio bibliométrico de la revista Ciencia (1940-1975)*, Badajoz, Universidad de Extremadura, 2002.

Francisco Giral (Facultad de Farmacia, Santiago de Compostela). En los primeros números colaboraron también José Giral, José Puche, Gonzalo Rodríguez Lafora, Enrique Rioja, Dionisio Peláez, Alfonso Boix, Urbano Barnés, Juan Xirau, Germán García, Agustín Ripoll, Rosendo Carrasco-Formiguera, Jaime Pi-Suñer, José Vázquez-Sánchez y Laureano Poza-Juncal. Formaban parte del consejo de redacción Manuel Álvarez Ugena, Julio Bejarano, Blas Cabrera, Pedro Carrasco, José Cuatrecasas, Pedro Domingo, Arturo Duperier, Bernardo Giner de los Ríos, Antonio Madinaveitia, Manuel Márquez, Manuel Martínez Risco, Enrique Moles, José Andrés Oteyza, August Pi i Sunyer, Miguel Prados Such, José Puche Álvarez, Pío del Río-Hortega, José Royo y Gómez, Amós Salvador, José Sánchez Covisa y Antonio Trías. Se enviaron 500 ejemplares de los dos primeros números a España, pero el tercero no pudo ya distribuirse porque la revista fue prohibida por el régimen franquista.¹⁸ Obviamente, la significación e importancia de la revista, así como la nómina de colaboradores habituales, se fue transformando con el paso de los años.

Tras la muerte de Ignacio Bolívar en 1944, Blas Cabrera pasó a ocupar la dirección de la revista, cargo que desempeñó sólo durante un año, ya que falleció en 1945. Desde entonces le sucedió su hijo Cándido Bolívar, y en los últimos años el antiguo rector de la Universidad de Valencia, José Puche. Según el testimonio del químico Francisco Giral, miembro durante todos los años de publicación del patronato editor de la revista, la consolidación y la amplia difusión de la revista en el mundo hispanoamericano despertaron el interés de una empresa comercial anglófona por adquirir la revista. La oferta fue rechazada por temor a que ésta se transformase en un vehículo de expresión anglosajón y se dejara de lado la vocación fundamental de servir de comunicación entre la comunidad hispanoamericana.¹⁹ *Ciencia* fue una de las primeras siete revistas de habla española que desde su creación fue incluida en el *Current Contents*, base de datos que recogía la información de algo más de un millar de revistas científicas.

La revista estaba dividida en varias secciones. “Ciencia moderna” incluía artículos de especialistas sobre asuntos científicos de actualidad. La sección “Comunicaciones originales” estaba dirigida a especialistas en determinada rama. La sección “Noticias” aportaba una amplia información universitaria, académica y científica de ámbito hispanoamericano. La sección “Ciencia aplicada” incluía artículos de ingeniería o arquitectura, tecnología y procesos industriales. La sección “Miscelánea” recogía una variedad de informaciones sobre enseñanza, instituciones, regulaciones, biografías, proyectos científicos e investigaciones. La sección de reseñas se denominaba “Libros nuevos” y “Revista de revistas” incluía notas de trabajos destacables sobre asuntos o investigadores hispano-americanos.

18. *Boletín Informativo de la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero*, año II, n.º 10, mayo de 1944.

19. Giral, 1994: 46.

DE LA COMUNIDAD CIENTÍFICA A LA INTEGRACIÓN EN OTRAS COMUNIDADES
NACIONALES: EL CASO MEXICANO

Como es sabido, el presidente de la República de México, Lázaro Cárdenas, fue un elemento clave en la política de ayuda y acogida a los republicanos españoles. Consciente del potencial intelectual que éstos representaban fundó en agosto de 1938 la Casa de España en México, con el fin de acoger a científicos, artistas y humanistas españoles. El rector de la UNAM formó parte de la Casa de España desde su creación y ello favoreció la reinserción de los académicos españoles en la universidad mexicana. En ese ambiente de colaboración, en aquellos países como México o Venezuela, donde se estaba gestando un proceso de institucionalización científica y de organización sanitaria pública, los republicanos españoles contribuyeron a fundar nuevos centros e iniciativas.

Gracias a la colaboración de la Rockefeller Foundation en México se diseñaron, construyeron y dotaron de equipamiento científico un Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos y un Instituto de Química. La transformación de la Casa de España en el Colegio de México no afectó a los planes de investigación científica hasta que la crisis económica de 1942 redujo el ámbito del Colegio de México a las ciencias sociales y transfirió las instituciones científicas a la UNAM.

Gonzalo Rodríguez Lafora, Isaac Costero y Dionisio Nieto recibieron una beca de la Rockefeller Foundation para iniciar el Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos en 1941, en la Facultad de Medicina de la UNAM. El centro se inspiraba en el Instituto Cajal de Madrid, como un centro de investigación básica y también clínica del sistema nervioso. Los sueldos de los investigadores corrían a cargo de la Casa de España. Al iniciar sus actividades, el Laboratorio constaba de cuatro secciones en las que se realizaban trabajos de citología, hematología, histología normal y patológica, fisiología, farmacología, neuropatología y oftalmología experimental. En marzo de 1942 se inició la publicación del *Boletín del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos*.²⁰

Paralelamente, el 5 de abril de 1941 inició su andadura el Instituto de Química vinculado a la Escuela Nacional de Química de Tacaba y financiado por el Colegio de México. El director era el mexicano Fernando Orozco y el jefe de investigación, el catedrático y farmacéutico español Antonio Madinaveitia. Sus primeras investigaciones estaban dedicadas a estudios fotoquímicos de plantas mexicanas y al análisis químico de lagos. Muchas de ellas fueron publicadas en *Ciencia*, en los *Anales de Física y Química* y en otras revistas hasta la fundación de una publicación propia, el *Boletín del Instituto de Química*.

20. J. L. Díaz: "El legado de Cajal en México", *Revista Neurología* 48, 2009, pp. 207-215 (especialmente, p. 211).

El Instituto Nacional de Cardiología, dirigido por Ignacio Chávez, abrió un área de patología, al frente de la cual estuvo Isaac Costero, y posteriormente otra de farmacología, dirigida por Rafael Méndez. Unas décadas antes, Tomás Gutiérrez Perrín se había instalado en México en 1908, haciendo de puente entre la escuela neurohistológica de Cajal y los investigadores mexicanos. Gracias a su mediación, Francisco Tello y Pío del Río-Hortega, dos destacados discípulos del grupo de Cajal, habían realizado una visita académica a México en 1925, y con la llegada de los exiliados Perrín llevó a cabo una labor esencial para la instalación de los investigadores del Instituto Cajal en México. Uno de ellos fue Gonzalo Rodríguez Lafora, quien, como se ha dicho, abandonó España en 1938 y en 1939 ingresó en la Sociedad Mexicana de Neurología y Psiquiatría y fue nombrado socio honorario de la Academia Nacional de Medicina de México. Su prestigio le abrió las puertas de las principales instituciones mexicanas; sin embargo, Lafora tuvo algunos conflictos y se distanció del *establishment* de la neuropsiquiatría mexicana, en parte seguramente por rivalidades profesionales. Finalmente regresó a Madrid en 1947, donde tras un penoso proceso de depuración y una difícil relación con el núcleo dirigente de la neuropsiquiatría franquista, se reincorporó al Instituto Cajal hasta su muerte en 1971.²¹

El ya mencionado Rafael Méndez era discípulo de Juan Negrín y había trabajado bajo el magisterio de Teófilo Hernando, formando parte de la elite científica de la JAE y la Residencia de Estudiantes. Se exilió inicialmente en Chicago y Harvard, para instalarse finalmente en el Instituto de Cardiología de México en 1947. Isaac Costero fue compañero y colaborador de Pío del Río-Hortega en el Instituto Cajal. Exiliado en México, Costero fundó el Departamento de Anatomía Patológica del Instituto Nacional de Cardiología; en 1968 fue presidente de la Academia Nacional de Medicina, en 1972 se le concedió el Premio Nacional de Ciencias y en 1979 fue nombrado doctor honoris causa por la UNAM. Al retirarse de la cardiología en 1977, fue acogido en la Unidad de Investigaciones Cerebrales del Instituto Nacional de Neurología, en el que permaneció hasta su muerte en 1979.

A MODO DE REFLEXIÓN FINAL

La importancia demográfica de los científicos y médicos que abandonaron España, así como la de los que fueron ejecutados o represaliados como consecuencia de la Guerra Civil y del aparato represivo del régimen franquista, significó un desastre para una colectividad científica emergente, joven y bien integrada en el contexto internacional. El “atroz desmoche”, así calificado por

21. Díaz, 2009: 211.

Laín Entralgo e históricamente analizado por Jaume Claret, significó la desconexión y el aislamiento de la ciencia española durante el primer franquismo, la depuración, la inhabilitación y la muerte de la mayoría de los que permanecieron en España tras la Guerra –algunos rehabilitados con sarcasmo justo antes de su jubilación, sin el reconocimiento de sus derechos profesionales.

Los intentos de mantener la cohesión por parte de la comunidad científica republicana se desvanecieron como consecuencia de la consolidación del franquismo y de su reconocimiento internacional en los años cincuenta. Con independencia de sus aportaciones científicas y de sus contribuciones a una pluralidad de países, los científicos republicanos en el exilio permanecieron, a partir de entonces, como un colectivo cuya principal aportación fue mantener viva la memoria de un proyecto político y de transformación social que había hecho de la educación y de la ciencia sus principales motores. Hubo aportaciones individuales muy meritorias, aspirantes al premio Nobel (Pío del Río-Hortega) e incluso premios Nobel (Severo Ochoa). La mayoría de médicos e investigadores se integraron en comunidades científicas extranjeras y desarrollaron una labor silenciosa que les permitió rehacer su vida. La aportación colectiva más relevante fue el impulso a la institucionalización científica y a la modernización sanitaria, que se produjo de manera colectiva en países como Venezuela o México. En el país centroamericano se consolidó como un colectivo médico, intelectual y científico, influyente en las estructuras del país, aunque la vigencia de las instituciones republicanas que se esforzaron por mantener apenas resistiese la progresiva desaparición de la generación de científicos que salieron hacia el exilio.

BIBLIOGRAFÍA

- BARATAS DÍAZ, L. A. y M. LUCENA GIRALDO (1994): “La Society for the Protection of Science and Learning y el exilio republicano español”, *Arbor* CXLIX, 588, p. 31.
- BARONA J. L. y M. F. MANCEBO (1989): *José Puche Álvarez (1896-1979). Historia de un compromiso. Estudio biográfico y científico de un republicano español*, Valencia, Generalitat Valenciana.
- BARONA, J. L. (comp.) (2003): *Ciencia, salud pública y exilio*, Valencia, SEC/PUV.
- (2008): “Pensionados y exiliados. Científicos españoles en Gran Bretaña (1920-1945)”, Badajoz, X Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas.
- CHAVES PALACIOS, J. (coord.) (2002): *Política científica y exilio en la España de Franco*, Badajoz, Universidad de Extremadura.
- CLARET MIRANDA, J. (2005): *El atroz desmoche. La destrucción de la Universidad española por el franquismo, 1936-1945*, Barcelona, Ed. Crítica.
- DÍAZ, J. L. (1991): “La enseñanza de los científicos”, en *Cincuenta Años del Exilio Español en la UNAM*, México, UNAM.
- (2009): “El legado de Cajal en México”, *Revista de Neurología* 48, pp. 207-215.
- DOSIL-MANCILLA, F. J. (2008): “Los exiliados españoles y la difusión en México de la teoría neurohistológica de Santiago Ramón y Cajal”, *Analecta Histórico Médica* 1, pp. 139-144.

- ENRÍQUEZ PEREA, A. (comp.) (2000): *Exilio español y ciencia mexicana. Génesis del Instituto de Química y del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos de la Universidad Nacional Autónoma de México (1939-1945)*, prólogo de Andrés Lira, México, El Colegio de México/UNAM.
- FERNÁNDEZ-GUARDIOLA, A. (1997): *Las neurociencias en el exilio español en México*, México, Fondo de Cultura Económica.
- GIRAL, F. (1994): *Ciencia española en el exilio (1939-1989). El exilio de los científicos españoles*, Madrid, Anthropos.
- GUERRA, F. (2003): *La Medicina en el Exilio Republicano*, Madrid, Universidad de Alcalá.
- LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M. (2009): “El Ateneo Español de México y el exilio intelectual republicano”, *Arbor, Ciencia, Pensamiento y Cultura* 185, 735, pp. 41-55.
- MARTÍNEZ-PALOMO, A. (2006): “Médicos”, en *Científicos y humanistas del exilio español en México*, México, Academia Mexicana de Ciencias, pp. 127-141.
- OTERO CARVAJAL, L. E. (2001): “La destrucción de la ciencia en España. Las consecuencias del triunfo militar de la España franquista”, *Historia y Comunicación Social* 6, pp. 149-186.
- OTERO CARVAJAL, L. E., M. NÚÑEZ DÍAZ-BALART, G. GÓMEZ-BRAVO y G. LÓPEZ-PASTELÍN (1984): “Semblanza del doctor Rafael Méndez”, en *Rafael Méndez, imagen y obra escogida*, México, UNAM, Dirección General de Proyectos Académicos, p. 13.
- SÁNCHEZ DÍAZ, G. y P. GARCÍA de LEÓN (coord.) (2001): *Los científicos del exilio español en México*, Morelia, Michoacán.
- SÁNCHEZ, J. M. y R. SIMÓN-ARCE (1996): *La destrucción de la ciencia en España. Depuración universitaria en el franquismo*, Madrid, Universidad Complutense.
- VV. AA. (1982): *El exilio español en México*, México, Fondo de Cultura Económica.